

---

## Introducción

«¡Fue el Estado!», insiste la consigna de familiares de los 43 estudiantes de Ayotzinapa y activistas cuando responsabilizan al gobierno de la desaparición y posible asesinato de esos muchachos.

Pero, ¿fue el Estado? Si se atiende a la historia política, criminal y militar del último medio siglo en Guerrero, la respuesta es, definitivamente, sí.

Uno de los ejes de este trabajo periodístico es el cultivo de la amapola en Guerrero, donde se produce el 60% de la heroína en el país, más del doble de lo obtenido en el llamado Triángulo Dorado: la frontera serrana de Sinaloa, Durango y Chihuahua, región donde nació el narcotráfico mexicano.

El conjunto de crónicas aquí presentadas muestra el empobrecimiento y el aumento de la violencia en la región más dedicada a la adormidera en América, la Sierra de Guerrero, donde inicia una cadena productiva que pasa por San Francisco y alcanza Chicago, ciudad cuyas tasas actuales de consumo de heroína son ya consideradas como una «epidemia».

Esta ciudad al norte de Estados Unidos, referente mundial de la historia del crimen organizado, es el centro neurálgico del trasiego transnacional de drogas de los Guerreros Unidos,

agrupación que se ha pretendido mostrar como una micromafia, casi una pandilla, de alcances regionales, pero que, en el secuestro y posible asesinato perpetrado contra los 43 normalistas de Ayotzinapa, descarriló la administración de Enrique Peña Nieto.

Este libro demuestra que el gobierno mexicano tenía perfecto conocimiento del comercio internacional sostenido por los Guerreros Unidos y evidencia su actividad en el corazón del país, en el municipio del gobernador del Estado de México y en el estado del Presidente de la República.

*Guerrero: los hombres de verde y la dama de rojo* es una investigación periodística realizada en campo, en las lomas altas de la amapola y en los valles bajos de la marihuana. Se apoya en documentos judiciales confidenciales y en análisis estadísticos propios a partir de cifras oficiales.

Este libro muestra los caminos de la goma y a los gomeiros, entre estos un hombre que negoció con el capo sinaloense Miguel Ángel Félix Gallardo, «El Padrino»; con su descendiente empresarial Arturo Beltrán Leyva, «El Barbas», y con Jesús Romero Nava, jefe muerto de Los Rojos, banda de la que se escindieron los Guerreros Unidos.

Guerrero es rojo de muchas maneras. La tasa homicida de Guerrero ha desplazado a la de Chihuahua y la muerte en Acapulco ya es más feroz que la de Ciudad Juárez. El puerto estandarte del turismo en México es ya la segunda ciudad más violenta del planeta.

Históricamente, los gobiernos de México y Estados Unidos han rechazado la relación entre crimen organizado y pobreza, pero este trabajo ofrece, como una de sus tesis, que no existe manera de desvincular la doble condición de Guerrero: su miseria económica y la fertilidad de la amapola en sus montañas.

Guerrero es el estado de mayor producción de goma en México y tentativamente el de mayor siembra en el continente.

¿Existen, entonces, caravanas de camionetas de lujo, casas de mármol y fuentes de oro en las calles de los cientos de caseríos y pueblos dispersos en la montaña, la costa, la Sierra o la Tierra Caliente? En varios de los municipios, la mayoría de la gente no tiene siquiera para comer. Este es un lugar con décadas de políticas sociales fracasadas.

La estrategia policiaca contra las drogas —en realidad, la única implementada— se ha basado en la detención y «abatimiento» de los capos del narco. Los cárteles han tendido a su fragmentación hacia agrupaciones que amplían sus ingresos con la expoliación de los pueblos y ciudades en que se asientan: regiones completas del estado y el país están bajo el gobierno real de una delincuencia que no comprende la violencia como un recurso final, sino como una forma permanente de negocio.

Guerrero es una región de vital importancia para comprender las relaciones institucionales establecidas entre el Estado mexicano y la delincuencia organizada a favor de dos intereses comunes: desde hace décadas, políticos y caciques locales e implantados se han asociado tanto en el mercado de las drogas como en la desaparición de guerrilleros, defensores de los derechos humanos, dirigentes sociales, luchadores ambientales y líderes de grupos de autodefensas.

En Guerrero no hay pasado, sino un largo y doloroso presente sin interrupciones reales a pesar de las alternancias partidarias en los ámbitos municipal, estatal y federal. En 2014, los narcos descendientes de los sinaloenses que arribaron a Guerrero hace 40 años han mantenido alianza con los políticos originados en aquellos priistas caciques y han convenido, además de consolidar el poder económico, enfrenar a la disidencia ideológica representada en los jóvenes de Ayotzinapa, herederos de los guerrilleros setenteros.

La incomprensión de la pobreza, la violencia y el cacicazgo político en ese estado que, cuando se camina, parece un subcontinente aparte que impide entender el presente mexicano.